

UN grupo de intelectuales prepara el homenaje nacional al poeta Díaz Mirón, el Víctor Hugo americano. El gran poeta de la altivaz y de la soledad, que supo vivir plenamente su vida y su carácter, con el hosco entrecejo de los fuertes y la despectividad de los hurraños, vive hace tiempo en el retiro, a orillas del mar, consagrado a esa contemplación melancólica de que tanto gustan los leones viejos. Veracruz tiene, desde entonces, dos mares y dos faros.

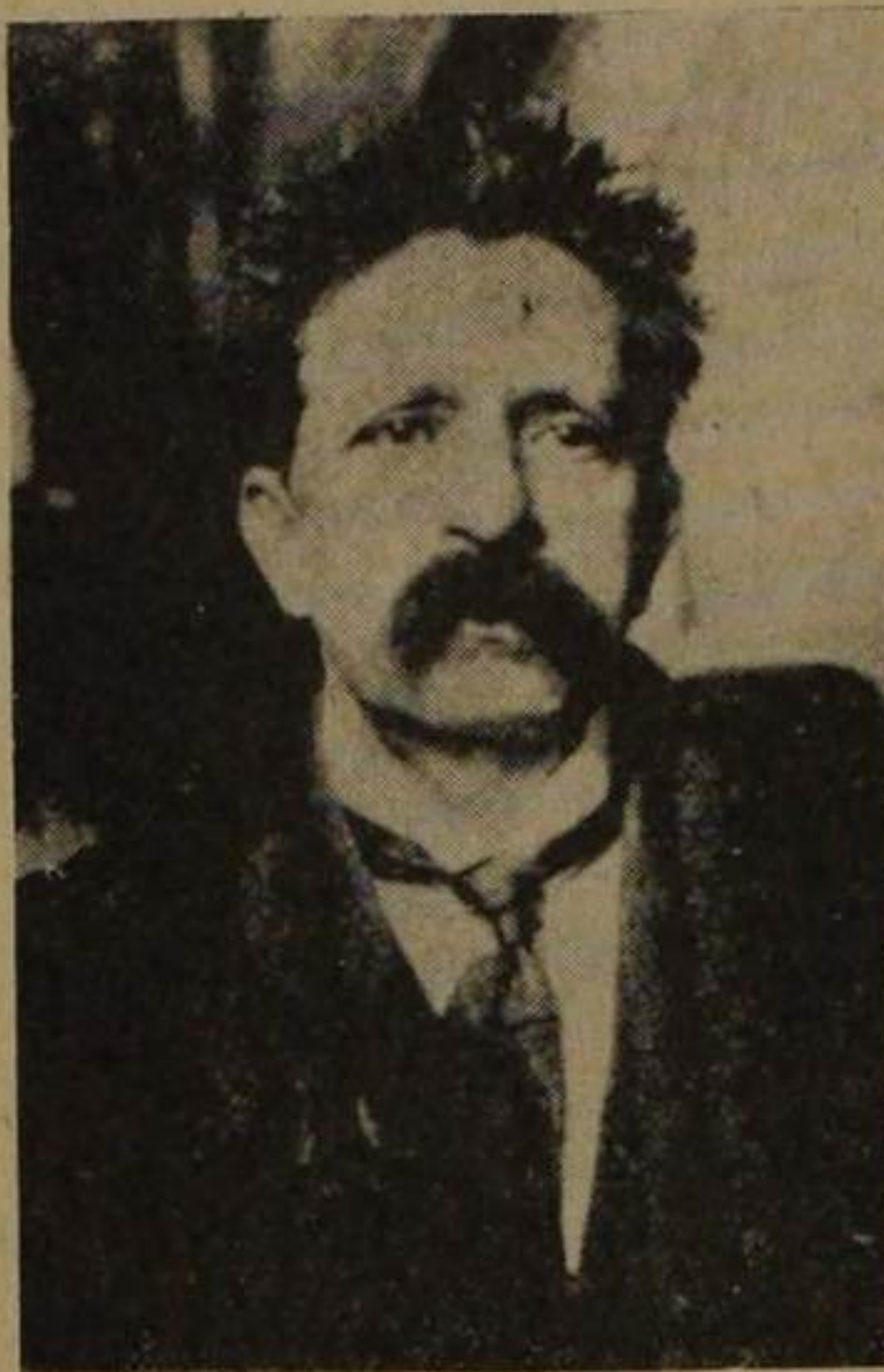
Los viajeros que llegan al puerto se detienen pocas horas y hacia el atardecer, cuando el tiempo refresca y la brisa sopla, dan su paseo por los malecones, entre el ruido ensordecedor del oleaje y la calma azul del crepúsculo; pocos, poquísimos viajeros van a ver al poeta, por fortuna para él.

Hace cerca de tres años, durante un viaje a Mérida, aproveché la ocasión y fui a visitarlo. Vivía—y vive aún—en un primer piso de la calle de... Me recibió friamente, desde lo alto de la escalera, y envolviéndome en una mirada inquisitiva, me dijo con sequedad: «Pase usted»... Luego, recogiendo con la siniestra mano su derecha, enferma y aletargada, me ofreció una mecedora de mimbre, ocupó él otra y esperó mis razones, sin dulcificar el rostro. Se balanceaba ligeramente, como navío anclado, y al través de sus anteojos, algo opacos, la mirada brillaba sombríamente. Yo admiraba su «fronda» humana, el roble añoso de sus espaldas terribles de Sísifo, por donde los soplos potentes engendran la voluntad y la tranquila soberanía... No me extrañaba que en este hombre hercúleo anidasen, como en un encinar, los más bellos pájaros de la fauna espiritual. Tiene, como Ulises, la cualidad de ser majestuoso cuando se sienta, al revés de los hombres de espada, que ganan cuando están de pie.

Evité las excusas, por supuesto, y me acoracé de fría dignidad, como conviene a hombres que usan del gesto y de la palabra con precisión y reserva. La salita, medio desvanecida en el atardecer, nada tenía de notable, sino su extremada limpieza, y un biombo raro que yo elogí largamente con la vista.

Cinco minutos después yo había comprendido en plenitud a este hombre, que se rodea en su grandeza con el áspero desafío de sus hondonadas y de sus precipicios; a medida que se penetra en él se sienten las sinuosidades ciclópeas, los sillares graníticos y los barbechos inextricables de las montañas ignoradas; pero es justo confesar que no hallé fieras en él, ni suelos falsos, ni aguas putrefactas. Tan luego como comenzáis la ascensión, el alpinismo intelectual, él mismo os ofrece las cuerdas de sus nervios y las gradientes de su palabra para que penetréis en su corazón: un corazón de fuego que todo lo abraza, y en donde hay, sin embargo, vertederos de miel y praderas de flores. El aire frío de sus cimas poéticas—ahora cargadas de nieve y de silencio—revierte hacia su vida sentimental con gracia de cascada; el granizo de sus

Salvador Díaz Mirón



ventisqueros llueve finamente sobre su corazón, y de este combinado acuerdo de fiebres y de contemplaciones brota la primavera perpetua.

Con todo inconforme, Díaz Mirón busca los espacios inhabitables, el éter oscuro en que reluce la estrella y piensa la noche. Yo procuré seguirle, jadeando como un perrillo, a lo largo de sus correrías estelares. Su percepción matemática, muy aguda, me reveló una vez más al poeta, al hombre que gusta de los números, no por sumar y restar, más por ejercer, como en una venganza solitaria, la piedad del ritmo y la caridad de la forma. Después descendimos a las cosas humanas: a las miseria, la traición y el dolor. De cuando en cuando, el poeta mecía su mano enferma con quejidos que tenían algo de arrullo y de rugido; la mano castigadora y violenta, parecía, metida entre el puño engomado de la camisa, un codillo de águila «que despluma sus alas contra las tempestades.»

Me contó sordamente sus dolores, sus victoriosas equivocaciones, en frases tronantes que parecían cláusulas espondáicas y marejadas nocturnas; jamás descendió al lamento, sino para recordar sus amores. ¡Y pensar que este hombre ha tronado así cuarenta o más años de su vida!...

Adentro, en el cuarto contiguo, se oían dulces voces de mujer, ahogadas y ligeras. El vate dijo algo en alta voz, que no quise oír, y una sombra delgada y fina cruzó por el corredor. Fué todo. Me acompañó a la escalera, completamente transformado, paternal y dulcísimo. «¡Árbol de corteza dura—me dije yo,— que tienes corazón de hostia, médula de miel!» Me rogó afectuosamente que no llevase al público nuestra conversación. Sus palabras han servido para condecorar a más de un imbécil; muchos se

hacen grandes con las palabras de los grandes y su codicia empuerca la augusta altitud del pensamiento.

Y cumplí su promesa, pues he callado tres años.

Los versos de Díaz Mirón, no sólo exponen al hombre, lo continúan. No es el inspirado veleidoso, que olvida luego de cantar. Por el contrario, sus cantos ligan al pasado; en su prodigiosa memoria todo está presente y ninguno de sus amores ha muerto. Su sensualidad primitiva, realmente marítima, se ha afinado con el tiempo. La crítica ha dicho que sus *Lascas* son obras de acabado perfecto, pero que revelan un enfriamiento paulatino. Este enfriamiento, a nuestro ver, es más bien una tamización; no es ya el cenit, es la hora quieta y sagrada en que el recuerdo echa, sobre los carbones del ardor, una espiral de humo suave. En su juventud, explosiva y radiante como un Etna, los versos salen «locos de eternidad» y ciegos de quimeras; sus pasiones huelen a bromo, y el bromo es el sudor de las playas. Esto le hace menos asequible a la multitud, pero más caro a la sabiduría.

El arte verdadero, el arte trascendental es individualista. Esto explica por qué, en nuestra época de colectivismo irascible, van desapareciendo estos ejemplares magnánimos del hombre cuya inspiración descansa muchas veces en su rebelión contra el medio. Díaz Mirón ha vivido siempre esta rebeldía, por temperamento y por reflexión, por osadía y por exceso de vitalidad. Los poetas verdaderos, ¿no han procedido así siempre? ¿Qué tienen que ver los poetas con las leyes, las costumbres y las imposiciones del Estado? La moral ambiente no logra envolverlos, puesto que no es la túnica sino el pañal. Por eso la combaten, desde Esquilo, que escribió el Prometeo, hasta Almafuerte, que escribió *El Misionero*—la piedad contra el hombre.

Estos hombres se van, o mejor dicho, nosotros nos alejamos de ellos. Por eso sus obras nos parecen frías, inalcanzables o inútiles: no son obras «bonitas», son cosas «grandes» y lo grande no cabe ya en nuestro impresionismo degenerado.

El homenaje que se prepara a Díaz Mirón tiene los caracteres de una reacción hacia lo grande. Ese grupo de intelectuales cree sentir el vacío inmenso que el poeta deja en las letras mexicanas. Sólo por esto, Díaz Mirón debiera de aceptar el aplauso del pueblo, la admiración de la Patria.

Por lo demás, estoy seguro, el poeta no se preocupa. Genio bravío e irreductible, tiene por compañera la soledad y bosques de laureles por jardines. Ningún ruego, ninguna imprecación sería capaz de moverle de su retiro, y a quien le increpase por él, contestaría tal vez con estos versos de Hugo:

*Fils, j'ai coutume,
en voyant la grandeur, d'oublier l'amertume,
et c'est pourquoi je suis le voisin de la mer...*

RAFAEL CARDONA

(De *Revistas de Revistas*. México. D. F.)